

De Prometeo a Lucifer: la represión del relativismo y el establecimiento del Amor como criterio absoluto.

ABSTRACT

En el presente artículo se analiza el proceso de reescritura que el cristianismo ha hecho del mito de Prometeo convirtiendo a su protagonista en Lucifer, el demonio. Ello ha significado una denuncia del relativismo, un afianzamiento del poder, un control de la subjetividad y, al mismo tiempo, ha permitido la inclusión del Amor como característica del Dios del cristianismo y objetivo trascendente de la razón en el medievo.

por Celso Luján

Hay algo decididamente extraño en el hecho de que en una cultura, la nuestra, la occidental, el dolor haya alcanzado el *status* de *bueno y agradable* a los ojos de Dios. El análisis del mito de Prometeo muestra con total claridad que el dolor en sí ha jugado siempre del lado del castigo y no de la recompensa. Sin embargo, la cultura occidental, de manos del cristianismo, ha desembocado en una ética calvinista¹ basada en máximas del tipo “el paraíso es de los que sufren”, “hemos venido a este mundo a sufrir”, “los últimos serán los primeros”², etc...

El objetivo de este escrito es desentrañar cómo se ha operado mitológicamente ese tránsito, cuál es el gozne sobre el que pivota nuestra relación con el dolor y el sufrimiento y qué queda del mito de Prometeo en nuestros días.

Empecemos con el mito. En la Teogonía de Hesíodo se nos presenta a un Prometeo que engaña a Zeus en favor de los humanos.

1 Para un análisis detallado del abandono de la idea del trabajo como *castigo* ver el estudio que Max Weber realiza de las relaciones entre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

2 Mateo 20:16.

“(…) durante un sacrificio solemne había hecho dos partes de un buey: en un lado puso la carne y las entrañas, recubriéndolas con el vientre del animal: en otro puso los huesos mondos, cubriéndolos con grasa blanca. Luego dijo a Zeus que eligiese su parte; el resto quedaría para los hombres. Zeus escogió la grasa blanca, y al descubrir que sólo contenía huesos, sintió un profundo rencor hacia Prometeo y los mortales, favorecidos por aquella astucia. Para castigarlos, decidió no volver a enviarles el fuego. Entonces Prometeo acudió en su auxilio por segunda vez; robó semillas del fuego en “la rueda del sol” y las llevó a las tierras ocultas en un tallo de fêrula. Otra tradición pretende que sustrajo el fuego de la fragua de Hefesto. Zeus castigó a los mortales y a su bienhechor. Contra los primeros ideó enviar un modelo ex profeso, Pandora. En cuanto a Prometeo, lo encadenó con cables de acero en el Cáucaso, enviando un águila nacida de Equidna y de Tifón, que le devoraba el hígado, el cual se regeneraba constantemente.”³

En la Teogonía aparece Prometeo como el héroe bienhechor que se alza valientemente contra un tirano malvado, celoso e ingrato. Esta interpretación llegó hasta los primeros escritores cristianos, como San Agustín o Tertuliano, que llegarán incluso a adoptar la figura de Prometeo, rebelado contra los dioses y crucificado por ello, como una prefiguración del Cristo redentor. Tanto de la versión griega de Hesíodo como de la cristiana se desprende como factor fundamental de la acción prometeica aquella que *se enfrenta al poder*. No obstante, en la primera el dolor y el sufrimiento aparecen como castigo, por contra, en la segunda el crucificado es el que carga voluntariamente con el sufrimiento del mundo en una acción salvífica por la humanidad.

Esta visión cristiana de aceptación del sufrimiento es totalmente ajena al mundo griego. El dolor es para el mundo helénico el mayor de los males. Y el dolor eterno un mal eterno. Zeus castiga a Prometeo por haberse enfrentado al él en una demostración del poder absoluto. Prometo, y por analogía los humanos, han de entender que deben una obediencia absoluta al poder porque si no éste descargará contra ellos con toda su furia.

Foucault ha descrito a la perfección la dinámica del poder tanto en *Tecnologías del yo* como en *Vigilar y castigar*. El poder necesita someter a los individuos a una obediencia ciega. Primero mediante el control físico, del cuerpo, y después mediante su interiorización a nivel psicológico. Una economía del poder muestra que la mayor eficiencia se alcanza cuando el sujeto interioriza los elementos de la dominación⁴. Esta evolución aparece en las técnicas de castigo que van variando desde atroces y dolorosas ejecuciones para escarmiento general en las plazas públicas, hasta la actual estructura panóptica de las cárceles actuales⁵.

El mito de Prometeo hubo de cumplir una función de amenaza con el castigo en forma de dolor físico eterno por el mayor de los pecados, enfrentarse al padre, enfrentarse al poder. Sin embargo en la interpretación cristiana el dolor es aceptado voluntariamente y posee un carácter salvífico. Hay algo en esta interpretación de San Agustín que no acaba de concordar con el mito que nos describen Hesíodo o Esquilo. Y eso que no concuerda es que en San Agustín Cristo aparece como el que se enfrenta “a los otros dioses” y es crucificado por ello. Sin embargo, en la biblia

3 Grimal, P., *Diccionario de mitología griega y romana*, Prometeo.

4 Para un análisis más riguroso ver *Tecnologías del yo* de Michel Foucault.

5 Ver *Panóptico* de Jeremías Bentham y *Vigilar y castigar* de Michel Foucault.

encontramos numerosos pasajes en los que Jesús no se enfrenta nunca al padre. Como en el huerto de los olivos cuando éste habla con el padre: “Padre, si quieres, aparta de mí ese cáliz. Pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”⁶. Por lo tanto, la interpretación cristiana de Prometeo como el crucificado por los pecados del mundo parece, cuando menos, forzada.

Al que verdaderamente desafió al poder, a aquel que alguna vez quiso ser Dios, el cristianismo realmente lo envió al infierno. En el cristianismo la figura de Prometeo la representa el diablo, Lucifer.

Prometeo roba el fuego a los dioses para regalárselo a los humanos y en los escritos de Platón, por boca de Protágoras, simboliza el surgimiento de la cultura. El ser humano posee dos dimensiones la natural (*physis*) y la artificial (*nomos*). Esta última es un aditamento a las rudimentarias defensas que los humanos poseen por naturaleza. Al regalar el fuego a los humanos está ofreciéndoles el logos, la palabra, la inteligencia y, en definitiva, la cultura. Ese fuego es la “luz” que permite “ver” en la oscuridad. La analogía entre la luz y el conocimiento y la ciencia en Platón es evidente. Pero incluso en la etimología de Prometeo lo es. En griego antiguo “prometeo” (Προμηθεύς) es “previsión”, “prospección”.

Del mismo modo, la etimología de Lucifer también es explícita. Lucifer (del latín *lux* [‘luz’] y *fero* [‘llevar’]: portador de luz) es, en la mitología romana, el equivalente griego de Fósforo o Eósforo (Εωσφόρος) “el portador de la Aurora”.

Llevar la luz, el entendimiento, a los humanos ha sido el mayor de los pecados desde el libro del Génesis.

Y le dio esta orden: "Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas quedarás sujeto a la muerte"⁷.

Y aparece el diablo en forma de serpiente como aquel que lleva el conocimiento a los humanos.

La serpiente dijo a la mujer: "No, no morirán. Dios sabe muy bien que cuando comáis de ese árbol, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal"⁸.

Y si este es el mayor de los pecados, también su castigo ha de estar en consonancia. En el Apocalipsis se nombra el momento de la expulsión del *ángel caído* de los cielos.

Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él⁹.

En esta expulsión vemos las referencias a aquella antigua serpiente que en el Génesis ofrecía el conocimiento y la ciencia, la comida del árbol del bien y el mal, a los humanos. Pero también

6 San Lucas 22, 42.

7 Génesis 1, 16-17.

8 Génesis 3, 4-5.

9 Apocalipsis 21, 9.

podemos encontrar referencias a la luz y el conocimiento en la figura mitológica del dragón (del latín *draco*, y éste del griego δράκων, *drakon*, ‘víbora’ o ‘serpiente’). Éste ha aparecido en muchas ocasiones como el mal o la muerte, pero también como sabiduría. En otras ocasiones aparece como *Leviatan*, monstruo marino que representa el caos anterior a la creación pero también lo humano frente a lo divino.

Desde el punto de vista del problema de la fundamentación de la verdad a nivel filosófico, ese tipo de saber que está cercano a lo humano y no a lo divino, que sabe del bien y del mal y que cuestiona el poder en forma de dogmatismo o verdad absoluta tiene un nombre: relativismo. Por lo tanto, es natural que el cristianismo castigue el cuestionamiento de la verdad y de la estructura del poder. Como indica la Biblia, la verdad ha de ser sólo una, y lo demás ha de ser destruido.

Destruyendo destruiréis todos los lugares donde las gentes, que vosotros heredaréis, sirvieron a sus dioses, (...) y derribaréis sus altares y quebraréis sus imágenes, y sus bosques quemaréis a fuego, y a las esculturas de sus dioses destruiréis y desharéis el nombre de ellas de aquel lugar. No haréis así a Jehová, vuestro Dios¹⁰.

No vamos a relatar aquí la infinita cólera de Dios para quienes no siguiesen sus mandatos, la ley. El Jehová del antiguo testamento es mucho más violento, explícito y cruel que el Zeus griego. La mitad del capítulo XXVIII del Deuteronomio la dedica a relatar los sufrimientos y castigos que padecerán aquellos que no sigan la ley divina. De todos esos dolores señalamos aquí sólo uno que nos resulta extrañamente familiar.

Y será tu cuerpo por comida a toda ave del cielo y bestia de la tierra, y no habrá quien las espante¹¹.

En este punto se entrecruzan los objetivos del cristianismo. Por un lado la condena férrea de cualquier tipo de relativismo y por otro la interiorización subjetiva del castigo como requisito de una economía del poder. No obstante, para que el sujeto acepte el castigo como bueno y la condena del relativismo como merecida se necesita un giro en la percepción del poder, que ya no puede ser despótico y cruel como en el antiguo testamento.

Esta nueva percepción del poder se consigue con un concepto extremadamente simple pero contundente y revolucionario: “Dios es Amor”. Dios ya no castiga ni es fuente del sufrimiento, sino que el sufrimiento se retrotrae causalmente a las acciones humanas del pasado o a su *hybris*¹², y el

10 Deuteronomio 12, 2-4.

11 Deuteronomio 28, 6.

12 La religión griega ignoraba el concepto de *pecado* tal como lo concibe el cristianismo, lo que no es óbice para que la *hybris* parezca la principal falta en esta civilización. Se relaciona con el concepto de *moira*, que en griego significa ‘destino’, ‘parte’, ‘lote’ y ‘porción’ simultáneamente. El destino es el lote, la parte de felicidad o desgracia, de fortuna o desgracia, de vida o muerte, que corresponde a cada uno en función de su posición social y de su relación con los dioses y los hombres. Ahora bien, el hombre que comete *hybris* es culpable de querer más que la parte que le fue asignada en la división del destino. La desmesura designa el hecho de desear más que la justa medida que el destino nos asigna. Podríamos afirmar que Prometeo es uno de los primeros en ser castigado por su *hybris*, lo cual no significa que se sintiese culpable.

dolor se desplaza hacia Lucifer, la fuente del mal. Dios es amor y, como tal, amable.

El mundo cristiano, con la reinterpretación del mito de Prometeo como el causante de la desobediencia a Dios a través del conocimiento del bien y del mal, y mediante el giro ontológico desde un Dios violento en el antiguo testamento hacia un Dios amable en el nuevo, ha conseguido establecer un fundamento trascendente unificador de los sujetos, que lo perciben a él y al poder como algo *bueno* en términos absolutos, frente al relativismo que es interpretado como *malo* en términos también absolutos. De esta manera la *hybris* griega se interioriza en forma de pecado y el castigo autoinflingido en forma de culpa.

Sobre Prometeo ha recaído en forma de castigo la función de educar a toda la humanidad. En Hesíodo mediante el sufrimiento padecido por su soberbia, su *hybris*, y en el cristianismo por el pecado de cuestionar el poder, de querer parecerse a Dios. No obstante, a esta reescritura mitológica le debemos también que la racionalidad humana se dotase de un bien absoluto, de una razón objetiva, en palabras de Adorno, que dictase *fines* y no sólo *medios* a los individuos. La modernidad, por contra, podemos caracterizarla como la desaparición del Amor que se produce con el ideal racionalista que anima la Ilustración y desemboca, irremediabilmente, en Auschwitz y la barbarie.

por Celso Luján